

estas partes con dos superiores fines: el primero, para entablar comunicacion con vosotros, y teneros por amigos, dándoos de lo que tenemos, y recibiendo de vosotros, por vía de contratacion y buena armonía, lo que no hay en nuestra tierra, como se usa en todo el mundo y vosotros lo usais, pues por esta comunicacion y este comercio se hacen florecientes los reinos, y crecen en riqueza y abundancia: lo segundo, y es lo que mas importa y resulta de la comunicacion que con vosotros deseamos tener, es el desengañaros del error en que vivís por instigacion del demonio, haciéndoos este padre de la mentira adorar dioses falsos, y quebrantar en muchas cosas la ley natural, que en todos los hombres tanta fuerza tiene. No hay duda que á los principios sentiréis mucha repugnancia en apartaros de vuestros errores antiguos y radicados desde la mas tierna edad; pero despues que nos hayais comunicado, con el mayor gusto abandonaréis las máximas de vuestros supersticiosos ritos, y sin dificultad daréis la preferencia al culto verdadero de nuestro Dios. Si destruimos á los mexicanos, fué porque muchas veces nos quebrantaron la amistad, y quisieron matarnos con traicion, y por castigar las tiranías que hacian contra muchas naciones que nos pedian auxilio: así, aunque eran muchos y muy poderosos, y resguardados en ciudad tan fuerte como *Tenochtitlan*, no se pudieron librar y defender, ni tampoco ofendernos como pretendian, porque nuestro Dios, que es uno y solo poderoso, peleaba por nosotros contra ellos y contra sus vanos dioses. Finalmente, gran señor, si quereis saber mas claro, cómo procuramos no hacer mal á nadie, infórmate de cómo les ha ido á los que han solicitado nuestra amistad, y cómo han experimentado nuestro amparo, y cuánto los hemos fa-

vorecido á fuer del mas cordial afecto; entonces entenderás que queriendo tú ser nuestro amigo, como nos has enviado á decir, *te holgarás mucho con nuestra fiel amistad*, y no tienes que dar oídos á malos consejos, para que no intentes cosa que desdiga de tu real persona, pues nosotros te hablamos con toda lisura; y si no lo crees, tienes intérpretes mexicanos; pregúntalo aparte á los que con nosotros vienen, que ellos te lo dirán, aunque no son de nuestro linaje ni nacion, y por consiguiente nada sospechosos.»

Tangaxoan oyó con una atencion profunda este razonamiento, mitad sermón y mitad discurso diplomático, y que mas adelante podrá cotejarse con la narracion de los hechos de Olid y de Guzman, y se retiró lleno de la mas congojosa duda y de la mas cruel vacilacion respecto á la conducta que debería seguir. De pronto dió orden de que se les consignase á un alojamiento, donde fueron perfectamente servidos durante diez dias.

En este intervalo se celebraron con una pompa extraordinaria festividades y sacrificios, para aplacar la cólera de *Curicaveri* y *Xaratanga*, y mientras que todos los edificios estaban iluminados de noche, se bailaban danzas, y se entonaban canciones de una manera tan triste y de una letra tan lúgubre, que segun la relacion del mismo Montañó, tales cantares parecian salir de las regiones infernales. El rey, todavía vacilante en su resolucion, se inclinaba á hacer perecer á sus huéspedes; pero su primer ministro llamado *Quencándari*, que era un anciano lleno de experiencia y sabiduría, lo disuadió enteramente de su intento, mandando el rey, en consecuencia, que cesasen los sacrificios; enviando regalos á los españoles; visitándolos él mismo por segunda vez, y dejándolos salir, final-

mente de su corte, contentándose con quedarse con un perro de Montañó, que sacrificaron los sacerdotes con la mayor solemnidad. Este fué el resultado de la segunda expedicion, habiendo regresado Montañó á Coyoacan acompañado de embajadores tarascos.

La tercera expedicion salió al mando de Olid; y sobre este punto hay mucha discordancia entre los historiadores: unos asientan que vino el hermano del rey, á quien llaman *Vichichilzé* y á poco tiempo el rey mismo en persona, á rendir vasallaje á Cortés, quién algunos meses despues del regreso de aquel á Michoacan envió á Cristóbal de Olid con cuarenta caballos y cien infantes; mientras que de la narracion que de estos sucesos hacen otros, se deduce que la expedicion de Olid siguió inmediatamente á la de Montañó, y que á consecuencia de ella, el rey indeciso hasta entonces, y contrariado por algunas personas influentes que opinaban por la guerra, se decidió á someterse definitivamente á los españoles.

Cortés en sus cartas al emperador Carlos V no hace mencion alguna de la visita del rey tarasco, y sí de la del príncipe su hermano; y parece deducirse de la misma narracion del conquistador, que Olid fué antes de que el rey viniese á Coyoacan, y no despues. Tampoco son exactas las noticias que de muchos otros pormenores dan los cronistas [Herrera entre ellos] empeñados siempre en disminuir las fuerzas de los españoles, y en aumentar las de los indios. Cortés dice, entre otras muchas cosas: «Y porque las provincias y señorío de aquel señor *Caltzontzi*, segun tuve relacion de ciertos españoles que yo allá envié, era grande, y se habian visto muestras de haber en ellas mucha riqueza; y por ser tan cercana á esta gran ciudad, despues que

me hice de alguna mas gente y caballos, envié á ella un capitán con *setenta de á caballo y doscientos peones, bien aderezados de sus armas y artillería*, para que viesen toda la dicha provincia y secretos de ella, y de que poblasen la ciudad principal, *Huicicila*.»

El abate Bresseur, que ha tenido á la vista el manuscrito que tantas veces hemos citado, hace una narracion muy extensa de los sucesos de Michoacan desde la expedicion de Olid, y asienta que el viaje del monarca tarasco á México fué consecuencia de esta expedicion; que no fué ni tan pacífica ni tan amistosa, ni tan poco numerosa como la refiere Herrera, pues ademas de la tropa castellana, es sabido que siempre se agregaban multitud de auxiliares, que servian para pelear las mas veces en la vanguardia, atacar los puntos mas difíciles, y resistir el primer empuje de los enemigos.

Despues de haber vencido Hernán Cortés al imperio mexicano, y de haber recibido la visita y sumision de los mas poderosos señores que sucesivamente fueron llegando al sitio del gobierno, que entonces estaba situado en Coyoacan, consideró de poca importancia el resto del país, y todo su pensamiento estaba concentrado en hallar un paso para la mar del Sur, y seguir de allí en busca de las ricas islas que denominaban generalmente de la Especería, y cuyos tesoros, aumentados por la imaginacion, creian ser con mucho superiores á todo lo que hasta entonces habian encontrado: particularmente con este intento fué organizada la expedicion de Cristóbal de Olid, la que no tuvo tampoco un carácter de conquista, supuestos los mensajes, pláticas y mutuas promesas de amistad, paz y concordia que habian mediando entre españoles y tarascos.

Hechas estas indicaciones, que nunca son

ociosas cuando hay el deseo de fijar los hechos históricos, y entendidos de que la marcha de Olid fué seguramente en mediados de 1523, pues á fin de ese año salió el mismo Olid para las Hibueras, sigamos el hilo de los sucesos, tomando por base la narracion del Sr. Brasseur, que nos parece no solo la mas verídica, sino la mas pormenorizada de cuantas se han publicado.

«El capitán [Olid] apareció en la frontera de Michoacan [dice el Sr. Brasseur] á la cabeza de cuarenta caballos y ciento cincuenta infantes,¹ y el 17 de Julio hizo su entrada en Taximaroa, á la sazón en que se celebraban las festividades de *Cahora-Cózquaro*, á las que concurrían multitud de gentes de los lugares vecinos. El aspecto de una tropa tan formidable y temida puso en consternación á todos, y en breve llegó la noticia á la corte, que concibió mas temores que nunca; despues de varias y acaloradas discusiones sobre el partido que convendría tomarse, prevaleció la opinión por la guerra, ordenándose en consecuencia que á toda prisa se levantase un ejército, cuyo mando se confió á *Nuzindirá* y á *Aguija*, que despues recibió el nombre de D. Pedro en el bautismo, y que parece ser el mismo hermano del rey, á quien Antonio de Herrera, el cronista real, llama *Vichichilsa*. Las tropas que se pudieron reunir marcharon efectivamente á las órdenes de estos gefes, que pasaban por ser los de mas experiencia y valor, y que tenían la orden expresa de combatir contra los extranjeros, y arrojarlos de los dominios tarascos. Olid, que estaba ya preparado para todo, les salió al encuentro; y á la primera descarga de los arcabuces, hu-

1. Se ve que el número de soldados de la expedición de Olid varía según el autor que escribe; pero debe tenerse por exacto el que refiere el mismo capitán general Cortés.

yeron los tarascos, amedrentados con el aspecto monstruoso que tenían los caballos y caballeros cubiertos de armaduras, contra las cuales se rompían las flechas. Olid persiguió algunos momentos esta tropa desbandada y sin disciplina, y logró hacer prisionero al general *Aguija*, tratándolo con toda la consideración debida á su rango. Por medio de un intérprete le habló en tan corteses términos, que en momentos ganó la confianza de su prisionero, y supo por él la indescisión y discordia que había en la corte de Michoacan. Para acabarlo de poner de su parte, le concedió la libertad, lo colmó de presentes, lo despachó que asegurase al rey que nada tenía que temer, y que su carácter mas bien era el de embajador de Cortés, que no el de un guerrero que pretendía conquistar el reino. Continuó, pues, Olid, su marcha, rogando á *Aguija* que lo viniese á encontrar en el pueblo de *Quaquasco*, y le trajese cuanto oro pudiese encontrar, prometiéndole en recompensa la amistad y el apoyo de los españoles. A la mañana siguiente *Aguija*, despues de haber asistido á la misa que celebró el capellán del ejército, partió para *Tzintzuntzan*: en los lugares de tránsito encontró á todos los caciques alarmados, dispuestos á tomar las armas y á marchar al combate: *Aguija* los disuadió, manifestándoles que no había ya motivo para continuar la guerra, exagerando además la fuerza de los caballos y el valor de los castellanos. No se necesitaba mas para desanimar á los tarascos, los que satisfechos de que su príncipe era el mensajero de noticias pacíficas, se retiraron tranquilos á sus hogares.

El monarca sabía ya la derrota de su ejército: así es que un poco mas tranquilo cuando se enteró de la misión pacífica que se le había encomendado á su hermano,

reunió un consejo, é hizo que se le instruyera de las benévolas intenciones de Olid y del carácter sagrado con que se presentaba en la corte: el consejo estuvo borrascoso; los mas poderosos caciques combatieron con energía á *Aguija*, llamándolo traidor á su patria y á su rey, y acusándolo de quererlos entregar á un puñado de extranjeros. «¿Por ventura [exclamaban dirigiéndose al rey] vuestros antepasados eran esclavos, para que haya alguno que se atreva á proponeros, que os sometáis á unos desconocidos? Marchemos todos sin dilación al combate, y derramemos nuestra sangre, como los mexicanos, en defensa de nuestros dioses y de nuestra patria.» Otros aconsejaron al monarca que no tomase definitivamente ninguna resolución. «Lo mas prudente [decían] era evitar el conflicto; y si los españoles entraban en la capital, retirarse á un lugar seguro, y allí, según diesen de sí los acontecimientos, declararles la guerra ó celebrar la paz.» Hubo también quienes opinaran, exagerando artificiosamente las dificultades de la situación, que mas honroso era para el monarca quitarse la vida ó arrojarle en el lago, que entregarse en manos de los que tan cruelmente habían martirizado al rey de México. Esta opinión hizo que *Tangaxoan* adoptase un término medio: dominado del terror, y temiendo, tanto entrar en combate con los españoles, como recibirlos personalmente, y desconfiando á la vez de todos los que le rodeaban, disolvió el consejo sin determinar nada. En la noche salió por una puerta secreta de su palacio, que daba al lago, y se embarcó en compañía de sus hijos y de una parte de sus mujeres, y á poca distancia saltó á tierra; hizo correr la voz de que se había ahogado, y se encaminó á las intrincadas montañas de *Vasameo*, de donde se dirigió á *Uruapam*, cu-

yos gefes le eran personalmente adictos. A la primera noticia de su llegada, todos salieron á recibirlo, dándole los mas señalados testimonios de respeto y simpatía: el rey, con las lágrimas en los ojos, les refirió los últimos y graves acontecimientos, pintándoles con los mas negros colores la conducta de su hermano: los caciques á porfía tomaron empeño en consolarlo, y persuadirlo del interés que tomaban en su desgracia.

Mientras que *Tangaxoan* abandonaba su capital, Cristóbal de Olid, cansado de esperar á *Aguija*, se dirigió á marchas dobles hácia ella: la ausencia del rey y la noticia de su muerte habían introducido el desorden y la confusión, que se aumentó con la fatal noticia de la próxima llegada de los españoles. Los adversarios de *Aguija*, á cuya cabeza estaba el príncipe *Timagé*, se preparaban resueltamente á la resistencia; y como eran mas numerosos que los del partido de la paz, la ciudad en momentos tomó un aspecto imponente y guerrero. Ochocientos cautivos se hallaban á la sazón en las prisiones de la diosa *Xaratanga*, y tanto para obtener el auxilio y protección de los dioses, como para impedir que se reuniesen al enemigo, se dispuso que fuesen inmolados sin demora en los diversos templos de la ciudad: los altares estaban todavía humeantes con la sangre de los infelices, cuando Olid se presentó á las puertas de *Tzintzuntzan*, y con este suceso cambió inmediatamente el ánimo de los habitantes. Los unos eran partidarios de *Aguija*, y por consecuencia afectos á la paz; y los otros, aunque decididos por la guerra, temían medir sus armas con las superiores de los extranjeros: así es que, á despecho de los que á todo trance deseaban las hostilidades, un gran número de personas, á cuya cabeza se hallaban *Aguija* y *Cuini-Anguanguari*,

primo del monarca, se reunió, para hacer á los españoles una magnífica recepción. Pasados los cumplimientos de estilo, presentaron á Olid sus ramos de flores, y lo condujeron, en union de sus compañeros, al palacio de *Caltzontzi*, de cuyo edificio tomaron posesion con las precauciones acostumbradas. El mismo dia el capitán Olid se apoderó, sin obstáculo alguno, de los cinco principales templos de la ciudad, donde se acababa de sacrificar á los prisioneros: los tesoros que encerraban fueron presa de la inagotable codicia de los soldados, los ídolos, derribados de los altares, rodaron por las escaleras del templo, y las llamas consumieron los santuarios. Como el mas venerado de todos los templos era el de *Curicaveri*, ó el mensajero de los dioses, los tarascos vieron con horror caer los fragmentos de esta imagen sagrada, que destruyeron las pesadas armas de los conquistadores, y vieron tambien que en union de los demas ídolos, rodaban por el suelo: todos esperaban por momentos que se abriese el cielo, y lanzase fuego y rayos para aniquilar á los sacrílegos; pero contra todos sus pensamientos y esperanzas, el sol siguió y acabó con tranquilidad su revolucion ordinaria, y los cielos no dieron señal alguna de enojo. Los hombres acabaron con esto de perder el poco ánimo que les quedaba, y las mugeres se aprovecharon de la confusion para huir, embarcándose en el lago, y llegando á Pátzcuaro á contar los horrores y profanaciones que habian comenzado á presenciarse.

Cristóbal de Olid permaneció cuatro meses en Tzintzuntzan, durante cuyo tiempo consolidó el poder y la administracion española, que no tuvo que temer en lo de adelante ningun trastorno ni rebelion. La ausencia del rey, las discordias intestinas de la corte y el terror pánico que desde los

primeros momentos de la entrada se habia apoderado de la capital, sirvieron eficazmente á su intento. Los tarascos con ménos tenacidad y energía que los mexicanos, y naturalmente inclinados á la paz, se sometieron con mas facilidad al yugo que se les impuso, y rara vez opusieron resistencia á las empresas de los conquistadores. Si se exceptúa el saqueo de los templos y de los palacios reales, Olid no cometió ninguno de los actos de crueldad y de inútil barbarie, tan comunes en esos tiempos; trató á los habitantes con cuanta consideracion era posible, y esto dió por resultado el que la colonia española de Tzintzuntzan no tardase en establecerse y consolidarse.

Ninguna de las relaciones sobre el descubrimiento y conquista de este país, da una idea de los tesoros que extrajeron los conquistadores: todos ellos en muy pocos años se hicieron ricos, y Cortés mismo gastó sumas considerables en las expediciones y descubrimientos que hizo á su costa; pero el manuscrito que nos sirve de guia en esta narracion, y que se atribuye al hijo del último monarca, ahijado de bautismo del virey Mendoza, y que fué muy conocido despues bajo el nombre de D. Antonio Huitzimengari, hace mencion de muchas riquezas, de las cuales probablemente no tocó el quinto al monarca español. En el palacio llamado *Yeheché-Miremba*, se descubrió una cantidad considerable de alhajas y de pedrería, veinte cofres de oro y veinte de plata, llamados *chuperi*, que servian para las fiestas de los dioses. De la isla de Apupato se sacaron diez cofres de plata fina, mil seiscientas coronas adornadas de *quetzal*, pertenecientes al dios *Curicaveri* y á la diosa *Xaratanga*, y otras tantas de su hijo *Manovapa*, sin contar una multitud de vestidos y de capas de mosaico de plumas que, como se ha dicho,

trabajaban con tanta habilidad y primor los artistas de Tzintzuntzan.

En la isla de *Apupato* habia un templo magnífico destinado para panteon real: las manos sacrílegas de los españoles violaron las sepulturas; arrojaron con desprecio las cenizas de los monarcas, y saquearon este y los demás templos vecinos, apoderándose de los tesoros que la piedad de los soberanos habia aglomerado durante siglos enteros. El cadáver de *Zwanga*, que habia sido enterrado en un templo separado, sin duda por la enfermedad de que murió, corrió la misma suerte, y se sacaron doscientas rodelas de la plata que decoraba su sepultura. En la isla de *Xanicho* se hallaba el templo de la Luna: de allí se sacaron ocho cajas llenas de mitras, llamadas *angaruti*, cien rodelas de plata y cuatrocientos platos del mismo metal: todo ello estaba dedicado al astro de la noche. Los palacios y los templos de las islas de *Pacandan* y de *Urami*, fueron registrados con suma minuciosidad; y sus adornos y rique-

zas, que eran de un valor considerable, fueron presa de los soldados.

Las mugeres que componian el séquito del monarca, hicieron los mayores esfuerzos para oponerse á este desorden; pero todo fué inútil, se las dispersó, y un cargamento cuantioso fué enviado por Olid á Coyoacan. Para disimular este robo y poder apelar á una disculpa mas decente, se confió su custodia á varios señores de la corte, á cuya cabeza se hallaba D. Pedro Aguija, á quien ya el temor á una violencia, ya las promesas y halagos habian puesto del lado de los españoles. El producto de este pillaje pasó por ser un regalo real, y Aguija fué recibido como un embajador encargado por los grandes del reino de felicitar á Cortés por las señaladas victorias que habia alcanzado. Instruido este del rango que tenia, y de los distinguidos servicios que habia prestado á Olid, salió á recibirlo hasta la puerta, y le tributó los mismos honores que á un príncipe soberano.

[Continuará.]

CONVENTO DE LA MERCED DE MÉXICO.

Hace mucho tiempo que se hizo en esta capital una impresion litográfica por el Sr. Gualdi, de algunos de los monumentos mas notables, acompañádoles noticias de su fundacion ú origen, &c., entre los cuales está el convento de religiosos mercedarios; y como ha dejado de existir, demoliéndose totalmente, creo muy necesario que se conserven aquellas noticias, aunque sucintas, de lo que ha permanecido hasta nuestros

dias en la capital de la república, y que como monumentos públicos han llamado la atencion de los viajeros europeos.

Ahora solo trasladaré lo concerniente á la Merced, para que la Sociedad de geografia y estadística guarde en su archivo algo que sobre este punto pueda servir para la historia y estadística del país.

Igualmente insertó lo que *El Viajero en México*, publicado en 1860, dice, relativo Tomo I.—93.